Julio César Rodríguez Núñez

Adolescente divino

Adolescente divino
Julio César Rodríguez Núñez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17952-65-5

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2019 Julio César Rodríguez Núñez
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1

Descendieron del autobús que los llevó hasta la estación de trenes. El que iban a abordar para el viaje con su compañero, ya estaba arrancando muy lento, pero continuó. Terminaron de bajar rápido del bus y corrieron al lado del tren tratando de subirse, pero este incrementaba la velocidad a medida que avanzaba y era muy difícil lograrlo. Entonces, el menor de los dos jóvenes esperó a su amigo, lo agarró de una mano y siguieron corriendo. Saltó de manera prodigiosa con su compañero muy pegado a él, en algo que era más un vuelo que otra cosa, hasta llegar al estribo de uno de los últimos vagones para pasajeros, quedando instalados allí. Cuando el tren ya alcanzaba su velocidad de viaje, se rieron a carcajadas por lo que acababan de hacer y fueron a buscar ubicación dentro del coche. Las personas que observaban la maniobra desde el andén de la estación, no entendían cómo habían logrado subir los jóvenes con tanta facilidad al tren en marcha y sin un rasguño. Quien sí lo entendió, y muy bien, fue el mayor de los dos muchachos, sabía por qué había sucedido aquello.

El tren avanzaba raudo serpenteando las montañas del vasto país, dejando atrás una estela de humo blanco que expulsaba a borbotones por la gigantesca chimenea de la locomotora. El paisaje era maravilloso. La monstruosa máquina con sus vagones colgados atrás parecía un *ciempiés,* desplazándose sobre la vía férrea. De vez en cuando se encontraba con un agujero negro y largo, como un tubo, que atravesaba la inmensa roca de la montaña, entonces venía la oscuridad dentro del ruidoso tren. Era un túnel. Luego salía y se encontraba con un puente alto que unía las poderosas paredes también de roca de un precipi-

cio, en el fondo de este, un pequeño riachuelo, que desde la altura parecía una simple raya trazada sobre una hoja de papel en blanco; luego aparecía un amplio campo con sembrados de pasto alto y algún ganado alimentándose de él, bajo los rayos del sol inclemente a esa hora del día, era época de verano.

Por momentos, pasaban rápidamente a través de las ventanillas del tren algunas personas, los granjeros que realizaban las faenas propias de su diario vivir. Ellos eran parte del hermoso paisaje. Una que otra granja o rancho se observaba en la distancia, haciendo más placentera la visión del espectáculo natural.

Corrían los primeros días del mes de junio del año 1968, mes de vacaciones en las escuelas. En ese tren, dos de los viajeros, adolescentes, estaban sentados en una banca de uno de los vagones para pasajeros. El tren también llevaba vagones de carga con ganado, sobre todo porcino, y tanques con combustible. Ellos viajaban en segunda clase y gratis, ya que el padre de uno de ellos, el menor, era empleado ferroviario y el otro también tenía un hermano recién ingresado en esta compañía, quizá la tercera mejor del país después de la petrolera, por aquella época.

El mayor tenía algo más de dieciséis años. Se llamaba Anthony Baker, los amigos solían llamarle Tony. Era un mocetón de un metro ochenta de estatura, cuadrado de espaldas, aficionado al deporte de las pesas (que había fabricado él mismo en su casa con potes usados de leche en polvo, rellenándolos de arena y cemento). Su rostro, con algo de acné, era agraciado, aunque no apuesto; su piel era casi blanca, tenía el pelo ensortijado, de color negro y más bien largo de acuerdo con la moda gogó y la yeyé de la época.

Iba vestido con una camisa a cuadros grises y blancos; llevaba unos *jeans* azules desgastados por el uso y unas viejas botas de cuero, color rojo, con tacón alto. De su cuello colgaba un cordón, también de cuero, color marrón con una pequeña medalla de la Virgen de Lourdes. En ese momento se veía más despreocupado y enérgico que su compañero y amigo de viaje.

El otro chico no llegaba a los quince años. Era flaco. Su estatura era tres centímetros menos que la de su amigo, cabello castaño, liso, largo y abundante. Tenía un rostro agradable y limpio, buena pinta. Su piel era color canela. A pesar de ser flaco, su cuerpo era atlético, fruto de los deportes que practicaba. El atuendo ese día era una camisa tipo chamarra de color verde claro, unos *jeans* y botas negras desgastadas por el diario trajín, con cierre lateral. De su cuello colgaba una fina cadena de oro con un Cristo, regalo de su madre. En el dedo anular de su mano derecha tenía un anillo, color negro, con un símbolo tallado de un arco y una flecha, fabricado por el mismo con la semilla de un árbol llamado corozo, que daba una fruta de buen sabor, pegajosa a los dientes y que cuando se terminaba la pulpa quedaba una semilla redonda color negro, muy dura, de un diámetro promedio de dos centímetros. Con ella se fabricaban anillos, aretes y alguna otra bisutería.

El joven estaba nervioso y bastante callado. Parecía muy preocupado, algo extraño en un muchacho de su edad. Sus temores eran tantos que se comía hasta las uñas de las manos. Se llamaba Mike Harris.

Habían salido de su ciudad natal a la una de la tarde. Ya pasaban de las cuatro y no habían avanzado ni la mitad de camino para llegar a la primera parte del trayecto hacia Sabana. Allí debían esperar un tren que venía de la costa sur del país, *El Ex-*

preso del Mar, llamado así porque era solo para turistas que viajaban de la costa sur a la capital de la nación, y también a la segunda ciudad del país llamada Alcalá, situada al noroeste del país.

—Mike, ¿qué te pasa? Lo veo muy agüevado amigo —dijo Tony, mientras sacaba de su viejo morral un paquete envuelto en una bolsa de papel para pan. Lo abrió sobre sus piernas, tomó un pedazo de pollo asado, una patata guisada y le dio la comida a su compañero, quien lo miró más tranquilo y hasta sonrió.

—Tony, no es que esté agüevado, como dice. Lo que sucede es que no sé qué va a decir mi padre cuando me vea llegar. Mi madre quiso que yo llegara por sorpresa, y a mí las cosas así no me gustan. Yo respeto mucho a mi viejo.

—Lo que pasa, Mike, es que usted es muy misterioso, amigo, y quiere siempre hacer todo de la manera más ideal. Demasiado perfeccionista —dijo su compañero.

Mike pensó que su amigo tenía razón, se preocupaba demasiado por cosas que a la larga no tenían sentido. Era cierto que su padre era un hombre muy mayor, de sesenta y dos años, podía fácilmente ser su abuelo y esto hacía que él lo respetara aún más, por eso creía que se iba a molestar y le preocupaba. Lo que no sabía era que el respeto era mutuo. Su padre también se sentía turbado en su presencia. Decidió no pensar más en ello y disfrutar del viaje.

—Anthony —dijo Mike—, ¿qué pasó con las bebidas? Esto así, a palo seco, no es bueno —sonrió enseñando unos dientes anchos, grandes y blancos que cambiaron su rostro por completo, mostrándolo agradable y feliz.

—¿Usted es güevón o qué? —contestó Tony, poniendo mala cara—. Le traigo comida y también tengo que traer la bebida. Saque unos peniques del bolsillo y vaya a comprarla —apuntó cambiando la mueca anterior por una sonrisa—, o mueva las manos en círculos, y haga aparecer los refrescos de la nada con su poder —concluyó con algo de ironía.

Mike, no dio importancia a las últimas palabras de su compañero. Dejó su comida sobre el asiento y, sin mediar palabra, se fue hacia el vagón-restaurante a comprar los refrescos. Pasó de largo dos coches de pasajeros y cuando llegó al lugar, escuchó gritos de varias mujeres y algunos hombres que decían:

—¡Se va a morir! ¡No puede respirar! ¡Dios! ¿Qué hacemos?

Se acercó hacia donde se acumulaba la gente y vio a una anciana, con el rostro morado, haciendo gestos de falta de oxígeno. Estaba sentada en una silla, fijada al piso del vagón, frente a una mesa también atornillada que hacía las veces de comedor. La anciana hacía gestos dramáticos, señalando su boca con una mano.

Mike miró con cuidado y detalló todo a su alrededor, luego se agachó sobre la espalda de la anciana, metió los brazos entre las axilas de ella y la levantó como una pluma. La mujer era fornida y grande, de piel blanca. Cuando estuvo de pie, puso su mano cerca de su espalda a unos cinco centímetros de distancia. Ella debió de sentir algo, porque su rostro se puso más morado, por último, expulsó un pedazo de hueso grande del pavo que había comido minutos antes. Acto seguido, se fue tranquilizando y los colores normales volvieron a su rostro. La mujer se sentó de nuevo, miró hacia arriba y sonrió con dulzura, en especial al joven que estaba a su lado, que le devolvió la sonrisa y puso su dedo índice cruzado sobre los labios en señal de silencio, que

la anciana entendió. Se separó de ella y fue a la barra del restaurante a buscar los refrescos para terminar de comer con su amigo, Tony.

La gente no entendía cómo aquel flacucho había levantado a una mujer tan robusta con esa facilidad, menos aún que supiera que su problema era el hueso que tenía atravesado en su garganta; tampoco que lo hiciera expulsar sin ni siquiera tocarla, normalmente se hacía propinando un fuerte golpe en la espalda de la persona.

—¡Esto es extraordinario! —exclamaron algunos.

—¡Maravilloso! —comentaron otros.

El joven desapareció sin dejar huella, lo que acalló el chisme de los viajeros.

Al rato llegó donde estaba Tony, con dos latas de refresco y pitillo incorporado. El líquido era de color negro. Entregó una a su amigo y se dispuso a comer él también.

Anthony se dio cuenta de que su último comentario había molestado a Mike. No le gustaba que le tocaran ese tema. Lo que desconocía Tony era lo que acababa de ocurrir en el vagón-restaurante con la señora del atragantamiento. Durante el transcurso del viaje, se enteraría por otros pasajeros de lo sucedido, con la anciana y su amigo.

Mientras comían hablaban de fútbol, de los amigos del barrio, de las peleas callejeras en las que Mike había participado por aquellas cosas propias de la juventud, del estudio en sus escuelas; de los Beatles, de Liverpool, Elvis Presley, de Estados Unidos; de cantantes de moda como Raphael y Nino Bravo, ambos españoles; Los Rolling Stone, de Londres y otros muy populares a nivel mundial. En fin, pendejadas propias de la

edad juvenil que vivían. Después de mucho hablar, se quedaron dormidos profundamente.

El ronco pitido y el sonido de la campana del tren despertaron a los jóvenes. Estaban llegando a Sabana. Mike observó por la ventana de su asiento que era de noche. Las luces a lo lejos mostraban la ciudad petrolera. Pegó un codazo a su amigo al tiempo que dijo:

—Tony, estamos en Sabana, amigo. Debemos estar pendientes con los maletines, mi padre dice que aquí hay muchos ladrones.

El otro joven terminó de despertar como si estuviera entre nubes. Con el último comentario de Mike se molestó aún más y contestó de mala gana:

—Mi papá dijo, mi mamá dijo... ¡Ya estoy mamado de que siempre esté mencionando a los viejos para todo! Entienda que estamos solos y nos tenemos que defender como sea, aquí no tenemos ayuda de nadie, creo que está bien claro.

—Pues sí, Anthony, pero usted sabe que yo no he salido nunca de mi casa hasta hoy y eso me deprime un poco —dijo Mike, poniendo cara de mártir.

Tony, no contestó. Recogió su maletín para disponerse a descender del tren que frenaba en ese momento ubicándose junto al andén de la estación.

Se bajaron y se dirigieron a la taquilla donde expedían los pasajes. Allí, Anthony preguntó a qué hora llegaba el *Expreso del Mar* procedente de la costa sur. Un tipo con uniforme azul y gorra del mismo color miró el reloj en su muñeca de la mano izquierda, que en ese instante señalaba las 7:10 de la noche; les

dijo que en unas tres horas. Tony frunció el ceño y, mirando a su compañero, dijo:

— ¡Viste, Mike, diablos! Siempre es lo mismo. Cuando iniciamos el viaje nos dijeron que el *Expreso* llegaba a Sabana antes de las ocho y ahora que a las diez. Bueno, amigo, busquemos un sitio para dormir y esperemos, ¿de acuerdo?

Mike estaba un poco distraído mirando a la gente que corría de un lado a otro, esquivando los vendedores informales de productos diversos, en especial bebidas. En medio de la congestión había algunos gendarmes de la policía, al parecer pendientes de cuidar a los viajeros que acudían en masa a esta estación férrea, una de las más grandes del país, a pesar de que la ciudad era mediana. Los asientos de la sala de espera estaban ocupados en su mayoría por personas mayores, mujeres con niños en brazos, inválidos y también mendigos. Estos últimos desentonaban con el lugar, pero era algo inevitable en esta ciudad, la creencia general era que allí, así como había oro negro o petróleo también había oro amarillo, lo cual no era cierto, pero la gente acudía en masa buscando un mejor futuro y muchos terminaban mendigando.

Mike salió de su abstracción y contestó:

—Pues sí, Tony, esperaremos. A leguas se veía que el líder de los dos era el mayor, y lo que él dijera se hacía sin preguntar demasiado y sin consultar tampoco. Claro está que no siempre era así; había momentos en los que Mike tomaba la vocería y el manejo, en especial cuando realizaba sus actos extraños. Entonces Anthony se quedaba callado y sorprendido también, como ese día al momento de abordar el tren, en la estación de su ciudad.

A las diez y media, Tony despertó a su amigo que dormía plácidamente arruchado en una banca a su lado:

—Vamos, Mike, llegó el *Expreso.* ¡Muévase güevón, que nos quedamos!

El otro joven se levantó como un resorte. Recogió su morral y salió corriendo tras su compañero para abordar el siguiente tren. Buscó en el bolsillo de su pantalón la contraseña que le había dado su madre para mostrar a los inspectores de trenes, que los eximía de pagar pasaje. La encontró y subieron a uno de los coches de viajeros.

La diferencia era enorme en este tren, comparada con el anterior; la silletería era de lujo, en cuero acolchado, reclinable para poder dormir. Todo estaba muy limpio y ordenado, totalmente diferente al tren en el que habían iniciado el viaje. Encontraron dos lugares vacíos y se sentaron. Al cabo de un rato, los visitó el inspector de control para exigirles los boletos de embarque. El hombre, ya mayor, hizo unas preguntas de rutina a Mike. Quedó convencido, al parecer, porque le devolvió la contraseña y les preguntó:

—¿Van hasta Virginia? —Los jóvenes asintieron con la cabeza y él continuó—. Feliz viaje, muchachos. —Y se alejó de ellos para continuar revisando a los nuevos pasajeros que habían abordado en Sabana.

El tren arrancó lento y, poco a poco, fue aumentando su velocidad hasta que solo se sentía un leve zumbido por la rapidez con la que avanzaba. Anthony se relajó, buscando comodidad para dormir mientras decía:

—A Virginia deberemos llegar más o menos de cuatro a cuatro y media de la mañana, así que a dormir se dijo, amigo. Nos vemos. —Y se arropó con una toalla grande que llevaba.

Capítulo 2

Mike, no se durmió enseguida. Observaba por la ventana la oscuridad de la noche, que era bastante cerrada. Solo se veían algunas estrellas en el firmamento de vez en cuando.

Como no tenía nada que hacer, recordó por qué su amistad con Tony era tan grande. Sus padres eran muy amigos de los de Anthony. La madre de él era una señora que conocía muchos secretos de hierbas medicinales, además de que era una partera empírica y desarrollaba este conocimiento como un trabajo, pues mucha gente le tenía confianza a sus brebajes y atenciones en el recibimiento de bebés a este mundo. En su casa, la buscaban para estos servicios y le pagaban honorarios.

Al papá de Mike también le gustaba todo el tema de las hierbas, pero solo las usaba para su familia y para él, por esto había una gran empatía entre ellos. Se conocían de muchos años atrás. El hijo mayor de doña Adeline, que así se llamaba la mamá de Anthony, había comenzado a trabajar en los ferrocarriles hacía poco tiempo y estaba ubicado justamente en Virginia, por esta razón Tony había realizado el viaje con Mike, para visitar a su hermano y pasar las vacaciones de verano con su familia.

La amistad de Mike era en especial con Anthony, con los otros hermanos y hermanas de él, escasamente se saludaban.

El joven Mike siempre había sido muy hermético en sus cosas personales. Ni sus amigos más íntimos, su familia u otros sabían sus secretos, y los tenía, en especial uno que lo mantenía en vilo siempre, más entonces que ya era un adolescente. Uno

de estos secretos, y quizá el más importante, le sucedió cuando era apenas un niño de escasos siete años.

Una noche despertó sobresaltado después de un sueño bastante extraño. Se levantó a mirarse en el espejo, a medio cuerpo del viejo escaparate de madera que había en su cuarto. Observó con sumo cuidado su hombro derecho y para su sorpresa, vio lo que soñó momentos antes: una mancha de color marrón claro. Era la flor de Lis, que le fue mencionada en el sueño por la voz clara y firme. En su familia siempre consideraron esta flor como una mancha de nacimiento.

Soñó que estaba en un trigal muy extenso, rodeado de árboles a la distancia. La luz del sol brillaba sobre el trigo, haciendo que cambiara de colores. Él estaba de pie en el centro de este campo, desnudo y un poco asustado. Entonces escuchó por vez primera la voz grave, fuerte que le dijo:

—Mike, en tu hombro del brazo derecho tienes un símbolo que utilizo para señalar a mis hijos privilegiados, la Flor de Lis, por esa razón estás aquí, hablando conmigo. En tu planeta solo hay tres personas que tienen este símbolo, tú eres una de ellas. No necesitas saber quiénes son las otras dos. Te voy a otorgar unos poderes especiales, pero debes aprender a utilizarlos. Te comento que estos poderes los tienen todos lo humanos, pero solo los pueden usar si yo lo autorizo. Ahora lo hago contigo. Nunca, oye bien, para tu riqueza personal, tampoco para lucirte ante los demás y mostrar tu privilegio, solo en momentos extremos los podrás usar para ti, siempre pensando en los otros. Te vas a sorprender de lo que eres capaz de hacer. Tus manos y tu mente coordinarán lo que debes hacer, según el caso. Siempre se te ocurrirá algo en el momento preciso. Solo hazlo. Yo te guiaré. No pienses en tu pobreza ni en la de tu familia, no vas a remediarlo con tus poderes, pero sí te aseguro que en tu casa o donde te encuentres, nunca te faltará lo necesa-

rio. Algo más, esto lo puedes mencionar solo a ciertas y determinadas personas, pero cuando yo te lo acepte. Si violas alguna de mis condiciones, pasarás a ser uno más en tu mundo. En la medida de lo posible, evita que nadie vea el símbolo de tu hombro. ¿Quedó claro?

—Sí, entiendo.

—Entonces, adiós, Mike. Recuerda: siempre estaré a tu lado. Recibirás más mensajes.

Así como llegó la voz, desapareció. Al niño se le incrementó el miedo y fue cuando despertó sobresaltado. Esa noche, no logró dormir después de lo que soñó. Era apenas un niño, pero sintió que desde este momento su vida cambiaría y no volvería a ser el mismo. Como algo extraordinario, recordó una por una las palabras que escuchó y que nunca olvidaría. En ese instante se dio cuenta de que era cierto: el poder le había sido otorgado. Su memoria no era la misma.

En algunas ocasiones, siendo aún pequeño, hizo uso de estos poderes en muy rara ocasión para él o su familia, pero muchas veces para otros que él consideró necesario.

Cuando llegó a los nueve años, un día, mientras regresaba de la escuela, le faltaban aún cuatro cuadras para llegar a su casa cuando vio una montonera de gente y las llamas que salían por las ventanas en otra casa de su barrio. Todos gritaban, corrían y traían agua en cualquier vasija para tratar de apagar el fuego. La puerta principal estaba abierta pero el humo era tan intenso que no se veía nada de lo que sucedía en su interior. Una señora mayor gritaba desesperada:

—¡Por favor, salven a mi hija paralitica, está recostada en una de las habitaciones!

Nadie se animaba a entrar a rescatar a la muchacha enferma, debido a que el incendio era tan intenso que no había forma de hacerlo sin riesgo de perder la vida. Todo había comenzado con un corto circuito eléctrico.

Pasaba el tiempo y los bomberos no llegaban. Mientras tanto, el fuego devastaba todo lo que había adentro y la casa misma.

Mike llegó a la puerta por donde salía el humo y algunas lengüetas de fuego. Los hombres mayores que estaban allí tratando de apagar las llamas, con los pocos potes de agua que llegaban, apartaban a la gente curiosa y en especial a los niños. En vista de aquello, Mike se dio cuenta de que no le iban a permitir la entrada. Entonces utilizó su poder. Haciéndose invisible, pasó al interior de la casa, buscó el cuarto de la enferma y la encontró en el último de los tres que tenía la casa. Estaba acostada en un camastro de madera viejo y ajado que mostraba la pobreza de esta humilde familia. La mujer, de unos treinta años o algo menos, estaba en pánico. Lo único que se movían eran sus ojos en un gesto de terror al ver que las llamas ya estaban prendiendo las bases de la cama de madera. Cuando vio al niño se sorprendió, pero al mismo tiempo lo tomó como su única opción de salvación; algo le dijo que era su ángel salvador en ese momento. Mike se acercó a ella, metió sus manos por debajo de su cuerpo y la levantó como si fuera liviana a pesar de que era robusta y grande.

Salió del cuarto ya en llamas, con ella en sus pequeños brazos. Avanzó el corto pasillo por donde caían las vigas de madera quemadas al suelo, pero a él y a su carga no les afectaba para nada. Al parecer, los bomberos llegaron mientras estuvo adentro, cuando salían los chorros fuertes de agua golpeaban toda la estructura de la casa y a ellos también, pero tampoco era impe-

dimento para él seguir avanzando hasta salir del lugar. Buscó un sitio para dejar a la mujer. Lo vio y hacía allí se dirigió, un prado amplio en el porche de una casa al frente de la incendiada. Depositó suavemente a la mujer enferma, le dio un beso en la frente y se retiró en silencio, volviendo a ser visible cuando estuvo a cierta distancia del lugar. Pasaron los minutos y cuando Mike se había alejado totalmente del sitio del siniestro, una muchacha gritó:

—¡La señorita Jane está aquí, en la grama! ¿Quién la trajo?

La gente se arremolinó al lado de la paralitica y su madre, de nombre Karla, corrió hasta ella diciendo:

—¡Dios, esto no tiene explicación! ¿Cómo pudo llegar hasta aquí? Ella no puede moverse por sí misma.

La enferma solo movía los ojos en demostración de alegría, al ver la felicidad de su madre y del resto de personas que estaban a su alrededor.

Un muchacho de unos veintitantos años, llamado Adolf y apodado *Bocadillo*, que sufría de ataques de epilepsia y era algo retardado de mente, al ver a Jane bien junto a su madre dijo:

—Yo… yo… yo… Vi a un ni…ni…niño acercarse a la puerta de la casa; pero no, no, lo vi más. Fue el quien sa…có, sa…có a la señorita del incendio. ¡Tu…tu… tuvo que ser él! — gritaba y hacía gestos.

La gente lo miró sorprendida, pero al mismo tiempo incrédula, tal vez porque lo decía *Bocadillo*. Hablaba de un niño, la mujer era muy robusta y pesada para ser llevada hasta ese lugar por alguien tan pequeño. No creyeron al joven, porque tenían el concepto de que era el tonto del barrio y se inventaba historias fantásticas.

Las personas, incluyendo a la madre de Jane, no entendían nada en absoluto de lo que había sucedido, todo lo relacionaban con algo maravilloso. Desde ese día, la gente miraba a Jane como una bendición divina, esto creció tanto que llegaron a decir que era una Santa; pero ella sí sabía lo que había sucedido, aunque no podía decirlo de ninguna manera.

Meses después del siniestro, Mike fue a la casa de Jane a visitarla, ya habían reconstruido la vivienda con la ayuda de los vecinos. Como se había vuelto algo normal que todos quisieran conocer a la mujer paralitica, la mamá de ella no objetó la visita, aunque advirtió al chico:

—Puede seguir, hijo, pero no se tarde. En los últimos días ha estado un poco enferma y se fatiga muy rápido.

Mike asintió con la cabeza y entró al cuarto, seguido de la señora Karla. La enferma, tan pronto lo vio quiso pararse de la cama, pero su parálisis no lo permitía. Las lágrimas llegaron a sus ojos por torrentes, mientras sus labios trataban de moverse en un gesto que quería ser de saludo. Él puso su dedo cruzado en la boca, en señal de silencio, como era costumbre, y se acercó a ella besándola en la frente. La mujer se quedó quieta como si sintiera algo diferente. Él la saludó llamándola por su nombre y ella sonrió con algo de complicidad en su bello rostro. Estuvo un rato a su lado. Pasó sus manos sobre la mujer en un gesto disimulado de sanación, pero sintió algo y las retiró de inmediato. Se levantó despidiéndose de Jane y salió del cuarto. En el pasillo, se encontró de frente con la madre de la mujer, quien lo estaba esperando. La señora dijo:

—Hijo, ¿podemos hablar unos minutos?

—Sí, claro, señora.

—Solo quiero preguntarle algo.

—Como usted diga, señora Karla —dijo llamándola por su nombre.

Pasaron a otro cuarto. Ella cerró la puerta de madera y, de inmediato, le preguntó al chico:

—Hijo, su nombre es Mike, ¿verdad?

—Cierto, pero qué tiene que ver mi nombre…

—No es su nombre lo que interesa, es lo que hiciste con mi hija, Jane, el día del incendio. Porque fue usted quien la salvo del fuego, ¿verdad? —Lo soltó todo con gran seguridad en sus palabras.

Mike quedó mudo, sin saber qué responder. Miró al techo de madera durante unos segundos y luego respondió:

—Que yo sepa, no fui esa persona. No entiendo por qué lo afirma usted con tanta veracidad.

—Hijo, a mí, no necesitas mentirme. Hoy comprobé cuando Jane lo vio, la alegría que sintió. Hasta se alivió del malestar que ha tenido durante estos últimos días. Toda la semana ha estado molesta con las visitas, pero con la suya ha sido diferente. Está feliz de que haya venido. Además, no quería recibir niños, pero cuando entré con usted se alegró de inmediato.

—Todo lo que usted dice debe de ser cierto, pero creo que se equivocó de persona conmigo. Lo siento mucho, señora, pero no le puedo ayudar con esto —dijo lo último con tal seriedad que la mujer se asustó, no sabía si hablaba con un niño o con un adulto.

—Mike, usted conoce a *bocadillo*, el tonto del barrio, él dijo que vio a un niño al lado de la puerta de la casa que se incendiaba, antes de encontrar a Jane en el prado del frente, y que después no lo volvió a ver más. Ese niño tuvo que ser usted. Al rato, mi hija apareció acostada sobre este prado. ¿Quién lo hizo entonces? ¿Tiene poderes especiales, hijo? Dígame la verdad, por favor, le prometo que le guardaré él secreto.

—No tiene que guardarme ningún secreto, señora, por lo menos hoy. La dejo, estoy retardado para regresar a la escuela. Hasta luego. Abrió la puerta del cuarto con rapidez y salió por el pasillo de la casa, directo a la calle.

Avanzó de prisa por él andén. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver a la señora Karla parada en la puerta de su casa que lo llamaba. Se fue pensando en las palabras de la madre de Jane. Ya estaba acostumbrado a estas cosas y no le dio mayor importancia al asunto. Lo que sí le dejó preocupado es que quiso sanar a la joven de su parálisis y algo en su mente le dijo que estaba equivocado. Debía preguntar por qué sucedió esto. Lo haría en la noche, cuando se fuera a dormir.

En efecto, esa noche se fue a la cama y, con la mente, envió el mensaje a la voz que debía preguntar algo. Se durmió y varias horas después, escuchó que le decían:

—Mike, sé que quieres hablar conmigo, dime:

—Quiero preguntar por qué cuando fui a realizarle la sanación a la joven Jane, me llegó un mensaje de que no lo hiciera. ¿Cuál es la razón? No entiendo.

—Hay muchas cosas que vas a ir entendiendo poco a poco, y esta es una de ellas. Esa joven está en este mundo cumpliendo una misión y nada puede interferir su acción. Su enfermedad es parte del proceso y

su tarea, no debes preocuparte por ella. Va a estar bien. Tú estuviste en el momento justo que necesitaba ayuda. Fue un peldaño en la escalera de tu avance. Esta situación se va a seguir presentando de manera esporádica. Aprenderás a saber cuándo actuar y cuándo no. Recibirás mis mensajes. Te felicito por lo de hoy. Hiciste bien en hablar conmigo. Descansa, criatura.

—Gracias por estar pendiente de mí.

La voz no se oyó más y Mike siguió profundo en su sueño, como si nada hubiera pasado.

En la mañana, al despertar, se dio cuenta que ese ser especial había estado allí. Al mirar su impronta en el hombro, lo vio titilar como si tuviera luz propia, era la señal de que su pregunta había sido respondida. En el transcurso del día recordaría palabra por palabra el mensaje recibido.

Camino a su vivienda al regreso de la escuela, recordó algo muy parecido a lo ocurrido con la señorita Jane y su madre. En aquella ocasión, su papá estaba en casa de vacaciones. Mike tenía en ese momento ocho años y unos pocos meses de edad. El viejo decidió que ese domingo irían a visitar a uno de sus grandes amigos, un señor llamado Donald Miller que vivía en el otro extremo de la ciudad, hacía el sur. Después de una odisea por la dificultad en el transporte, al fin llegaron a la casa del amigo que más bien parecía una granja, por lo agreste del terreno y la ubicación que estaba fuera de la parte urbana de la ciudad. Cuando se acercaron a la cuasi puerta, fabricada con palos y alambre de púas, dos enormes perros callejeros se estrellaron contra la cerca con la idea de agredirlos. El viejo Peter soltó la puerta de inmediato, la cual quedó abierta. El más grande y robusto de los perros callejeros se lanzó a la carrera pasando de largo a Peter, Lucy y su hijo menor. Mike, que iba a

una distancia de unos veinte metros detrás de ellos, alcanzó a ver al fiero animal que lo atacaba, mostrando sus colmillos y botando babaza por la jeta. El niño se paró, lo miró de frente sin ningún temor, puso sus manos abiertas dirigidas a la bestia y esta frenó de inmediato, arrastrándose en el piso de tierra por el impulso que traía hasta caer al lado de él. Mike se agachó y puso su mano a unos cinco centímetros de la cabeza del animal. Pasados unos segundos, el perro comenzó a lamerle la mano y se recostó en sus rodillas con gesto mimoso.

El dueño de la casa, que ya había llegado hasta donde estaban ellos, miraba con la boca abierta. Cuando salió a decirles a los perros que se calmaran, uno de ellos estaba atacando a los visitantes. El hombre pensó que su perro iba a devorar al chico. Cuando vio lo que el muchacho hacía con él animal su sorpresa fue mayúscula. Solo acató a decir:

—¡Titán, aquí, ya! —El perro ni se movió. Se levantó cuando lo hizo el chico y caminó al lado de él, lamiendo su mano.

El padre de Mike tampoco salía de su asombro al ver aquel espectáculo. Habló para sí mismo en voz muy baja:

—Debo hablar con Mike y decirle toda la verdad.

El amigo de Peter, no aguantó mucho y, apenas estuvo a solas con él, preguntó:

—Bueno, amigo, quiero que me diga qué pasa con su hijo mayor. Lo que sucedió hoy no lo había visto nunca, ni creo que lo volveré a ver durante el resto de mi vida. Mis perros, Titán y Dori, son callejeros pero muy bravos. A mi casa nadie se acerca por miedo a ellos. Se me olvidó decirles a ustedes que tuvieran cuidado cuando estuvieran aquí. Me disculpan el olvido, por favor. —Se detuvo un instante y luego preguntó—: ¿Puede ex-

plicarme cómo el chico tranquilizó al perro que terminó acariciándole las manos, como si lo conociera desde que nació?

El viejo Peter quedó de una pieza sin saber qué responder. También le había sorprendido a él lo sucedido. Solo acató a decir:

—Señor Donald, la verdad que tanto usted como yo estamos igual de extrañados. Le juro que nunca había visto a mi hijo hacer algo como eso. Estoy sorprendido y debo hablar con ese niño.

—Señor Peter, no me venga con ese cuento. Usted es el padre y debe conocer a su hijo mejor que nadie. Ha sido algo maravilloso. Ya quisiera yo que ese niño fuera hijo mío, tendría un iluminado en mi casa.

—Señor Donald, con todo respeto, lo que le dije es la verdad. Como usted sabe, yo casi siempre estoy lejos de casa por mi trabajo; no sé qué cosas nuevas ha podido aprender él.

El hombre cambió el tema y los invitó a sentarse a la mesa para degustar un té, acompañado de galletas y queso. Allí hablaron de varias cosas mientras los dos niños jugaban con sus colegas anfitriones, de cuatro a diez años de edad.

Donald dijo en ese momento:

—Los ladrones están por todos lados. Tengo siempre preparada una escopeta de dos cañones, por si acaso. En varias oportunidades, he tenido que disparar al aire para ahuyentarlos a pesar de que mis perros son bravos. Traen hasta comida envenenada para echarles. Menos mal que ellos no reciben nada de gente extraña, de lo contrario, ya los hubiesen matado hace rato. —Hizo una pausa y siguió—. Le va a tocar a usted, señor Peter, que me preste a su hijo para que corra esa plaga de aquí —dijo

esto último acompañado de una risotada, que también hizo reír a los demás.

Donald era un hombre por naturaleza ordinario, poco culto, quizá por su trabajo en el mercado de la ciudad. Sacrificaba cerdos que criaba en su casa y luego de abrirlos en canal los vendía en la sección de carnes del mercado principal todos los días. Allí lo conocían por el remoquete de *él Matón*. En el fondo era un hombre bueno y agradable, a pesar de ser demasiado rústico.

Peter lo conocía hacía muchos años. Donald era oriundo de una población en donde Peter había trabajado con los ferrocarriles. Ahora vivía en la misma ciudad y trabajaba en el mercado. La amistad siguió cada vez más cercana y con sus respectivas familias se consolidó aún más. Hablaron durante dos horas más, y al finalizar la tarde, el viejo Peter decidió abandonar el lugar.